ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

EL GIRO

I

MEDIO oculta entre la selva
Como un nido entre las ramas,
Y medio hundida en el fondo
Tranquilo de una cañada,
Allá por aquellos tiempos
Hubo en Landín (1) una casa
Que no por ser tan sencilla
Ni de una fecha tan larga,
Era menos pintoresca
Ni tampoco menos blanca.
Sombreaba su puerta un olmo
De hojosas y verdes ramas,

(1) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Punto de citas de todas
Las aves de las montañas;
Y en uno de sus costados,
Brotando límpida y clara,
Saltaba entre los terrones
Y entre las yerbas el agua,
De noche siempre tranquila
Y eternamente callada.
Apenas el sol naciente
Filtraba por sus ventanas,
Cuando estremeciendo el aire,
Sonaban dulces y claras,
La voz de una cuna hablando
De cuanto los niños hablan;
La voz de una madre, rica
De sentimientos y de alma,
Y la voz de un hombre que era
La eterna voz de la patria,
Soñando ya con sus glorias
Y ya con sus esperanzas.
Tez cobriza como aquellos
Primeros hijos de Anahuac.
Que tantas veces hicieron
Temblar de miedo á la España,
Cuando la España atrevida
Midió con ellos sus armas;

Fuerte y ágil como todos
Los hijos de las montañas;
Como un labriego, robusto;
Como un patriota, entusiasta;
Como un valiente, atrevido,
Y como un joven, todo alma,
El hombre de aquellas selvas,
El hombre de aquella casa,
Era el eterno modelo
De esas figuras sagradas
Que en el altar de los siglos
Hacen un Dios de una estatua,
Veinticinco años apenas
Por ese tiempo contaba,
Y de sus nobles heridas
La suma aun era más larga,
Que no hubo por el Bajío
Ningún combate ni hazaña
Donde su ardor no estuviera,
Donde faltara su lanza,
Ni donde al grito de muerte
Sus huellas no señalara
Con el licor de sus venas
Ó el de las venas extrañas.
Y allí tranquilo y oculto
Su triste vida pasaba,

Lamentando en su impotencia
La esclavitud de la patria
Que renunciando á la lucha
Renunciaba á la esperanza:
Cuando una mañana, á la hora
Que el último sueño marca,
Despertó, oyendo á lo lejos
Un ruido confuso de armas;
Y advinando al instante
La suerte que le amagaba,
Bajó del lecho al influjo
De una decisión extraña;
Besa en los labios á su hijo,
Besa en la frente á su amada,
Clava los ojos ardientes
En la entreabierta ventana,
Y al ver por sus enemigos
Ya casi envuelta su casa,
Salta á las rocas, y entre ellos
Se escapa por la montaña.

II

Aun no se alzaba del todo
La niebla de la mañana,
Y aun no acertaban á darse

Cuenta de tamaña audacia
Los sitiadores furiosos
Que sorprenderle esperaban,
Cuando al galope y bajando
Camino de la cañada,
Vieron venir á lo lejos
Un grupo de gente armada,
Compuesto de ocho jinetes
Y el homhre que los mandaba,
En mayor número que ellos
Y con superiores armas,
Seguros de la victoria
Fácil que se les aguarda,
Todos empuñan las riendas,
Todos afirman la lanza,
Todos ven al enemigo
Todos miden la distancia,
Y en silencio y todos ellos
Prontos á ponerse en marcha,
Sólo esperan á que llegue
La hora de entrar en batalla.
Los insurgentes en tanto
Viendo las huestes contrarias,
Más de coraje la encienden
Y más de amor la entusiasman,
Y ansiosos de dar su sangre

Por la salud de la patria,
Sobre el caballo se inclinan,
La floja rienda adelantan,
Y fijos los barboquejos
Y el sombrero hacia la espalda,
Entre la niebla y el polvo
Corren, y vuelan y avanzan,
Siguiendo entre los peñascos
Al hombre de la cañada.
Y ya los de Bustamante (1)
Su primer paso avanzaban,
Anhelando en su impaciencia
Como acortar la distancia
Que la interpuesta colina
Con un recodo aumentaba;
Cuando de pie en lo más alto
De las rocas escarpadas,
Vieron alzarse á un jinete
Que con voz sonora y clara,
— " Yo soy el Giro — les dijo,
— Si al Giro es á quien aguardan;
Y el que lo busque que venga
Si tiene honor y tiene alma,

(1) El general D. Anastasio Bustamante, presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista,

Que á todos espera el Giro
Frente á frente y cara á cara. " —
Dijo : y los fieros dragones
Al grito de " ¡viva España! "
Como un solo hombre treparon
Hasta donde el Giro estaba
Dispuesto como los suyos
Á sucumbir por la patria...
Y fué la lucha, y terribles
Al dar la espantosa carga,
Insurgentes y realistas
Ardiendo en cólera y rabia,
Se entremezclaron sedientos
De victoria y de matanza...
Quiso la triste fortuna
Favorecer á la España,
El brillo de sus fulgores
Negándole á nuestras armas,
Que ya de los insurgentes
Uno tan sólo quedaba
Á caballo todavía,
Pero ya herido y sin armas.
Era el Giro, que entre doce
Dragones que le rodeaban,
Sin rendirse al desaliento
Ni inclinarse á la desgracia,

Luchaba y arremetía
Contra el que más se acercaba,
Convirtiendo á su caballo,
Á un tiempo en escudo y arma.
Por fin un brazo atrevido
Clavó en su pecho una lanza,
Perder haciéndole el poco
Aliento que le quedaba;
Pero él aunque ya en el suelo,
Con fuerza siempre y con alma,
Goge la lanza, del pecho
Sin vacilar se la arranca,
Y estremecido y al grito
De independencia y de patria,
De pie sobre los peñascos
Á sus contrarios aguarda;
Y después de herir á todos
Los que acercársele ensayan,
Hace huir á los restantes
Que ante heroicidad tamaña
Se alejan, y desde lejos
Lo rematan á pedradas.

III

Mártir, que toda tu sangre
Supiste dar por la patria;

Tú, de los desconocidos
Que murieron por salvarla,
Gracias por tu fortaleza,
Por tu sacrificio gracias!

1873

CINERARIA

ANTE EL CADÁVER DE LA SRA. LUZ PRESA

Jamás pensé al venir á estas regiones
Que mis palabras últimas serían
Para hablar á un cadáver...
Ni nunca que las notas de mi canto
Al perderse en los aires sonarían
Mezcladas con el eco de mi llanto.

Cuando yo vine aquí, casi acababa
De sentir y estrechar entre mis brazos
Al buen amigo que en su noble empeño,
Soñaba en un laurel para la frente
De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño
Que dura y se prolonga eternamente.
Y ese hermano me hablaba del cariño
El más puro entre todos los amores,
Sin penas, sin temores,

Casi volviéndose al hablarme un niño;
Y le enviaba conmigo sus recuerdos,
Y le enviaba conmigo sus abrazos,
Y alegre en el amor en que se ardía,
Ni siquiera pensaba en ese instante,
Que su madre distante, muy distante,
Casi en aquella hora se moría.

Yo también tuve un padre que á la fosa
Rodó sin que mis labios lo besaran,
Y sé lo que es ese dolor profundo
Que hace una noche eterna de los días
Y un desierto tristísimo del mundo.
Yo sé que horizonte es el que se cierra
Delante del espíritu aterrado,
Cuando eleva sus alas de la tierra
La que en su pecho maternal encierra
Cuanto se alza de bueno á nuestro lado.
Yo adivino esa pena, y porque casi
Siento la misma angustia que devora
Al huérfano infeliz que en su aislamiento
Busca á su madre y por su madre llora,
Yo le traigo en su nombre mi gemido,
Y la eterna promesa de que nunca
Caerá sobre esa lápida el olvido.
Yo le traigo en su nombre mi lamento,

Yo le traigo en el canto de una lira
Que cuando se habla de la madre tiembla
Y cuando se habla de su amor se inspira,
El adiós que sus labios no lograron
Dejar caer sobre sus ojos yertos
Cuando á la luz del mundo se cerraron
Para abrirse á la sombra de los muertos;
Mi adiós que en momentáneo regocijo
La agitará volviéndola á la vida,
Para que pueda oir la despedida
Con que la vengo á saludar por su hijo.

1873

Á LA PATRIA

Composición recitada por una niña en Tacubaya de los Mártires, el 16 de setiembre de 1873.)

Ante el recuerdo bendito
De aquella noche sagrada
En que la patria aherrojada
Rompió al fin su esclavitud;
Ante la dulce memoria
De aquella hora y de aquel día,
Yo siento que en la alma mía
Canta algo como un laúd.

Yo siento que brota en flores
El huerto de mi ternura,
Que tiembla entre su espesura
La estrofa de una canción;
Y al sonoroso y ardiente
Murmurar de cada nota,

Siento algo grande que brota
Dentro de mi corazón.

¡Bendita noche de gloria
Que así mi espíritu agitas,
Bendita entre las benditas
Noche de la libertad!
Hora de triunfo en que el pueblo
Al sol de la independencia,
Dejó libre la conciencia
Rompiendo la oscuridad.

Yo te amo... y al acercarme
Ante este altar de victoria
Donde la patria y la historia
Contemplan nuestro placer;
Yo vengo á unir al tributo
Que en darte el pueblo se afana
Mi canto de mejicana,
Mi corazón de mujer.

1873

HIDALGO

Sonaron las campanas de Dolores,
Voz de alarma que el cielo estremecía,
Y en medio de la noche surgió el día
De augusta Libertad con los fulgores.
Temblaron de pavor los opresores,
É Hidalgo audaz al porvenir veía,
Y la patria, la patria que gemía,
Vió sus espinas convertirse en flores.

¡Benditos los recuerdos venerados
De aquellos que cifraron sus desvelos
En morir por sellar la independencia;
Aquellos que vencidos, no humillados,
Encontraron el paso hasta los cielos
Teniendo por camino su conciencia!

1873

15 DE SETIEMBRE

Después de aquella página sombría
En que trazó la historia los detalles
De aquel horrible día,
Cuando la triste Méxitli veía
Sembradas de cadáveres sus calles;
Después de aquella página de duelo
Por Cuahutemoc escrita ante la historia,
Cuando sintió lo inútil de su anhelo;
Después de aquella página, la gloria
Borrando nuestro cielo en su memoria
No volvió á aparecer en nuestro cielo.

La santa, la querida
Madre de aquellos muertos, vencedores
En su misma caída,
Fué hallada entre ellos, trémula y herida
Por el mayor dolor de los dolores...
En su semblante pálido aun brillaba

De su llanto tristísimo una gota...
A su lado se alzaba
Junto á un laurel una macana rota...
Y abandonada y sola como estaba,
Vencido ya hasta el último patriota,
Al ver sus ojos sin mirada y fijos,
Los españoles la creyeron muerta,
Y del incendio entre la llama incierta
La echaron en la tumba con sus hijos...

Y pasaron cien años y trescientos
Sin que á ningún oído
Llegaran los tristísimos acentos
De su apagado y lúgubre gemido;
Cuando una noche un hombre que velaba
Soñando en no sé qué grande y augusto
Como la misma fe que le inspiraba,
Oyó un inmenso grito que le hablaba
Desde su alma de justo...
— Yo soy — le repetía,
Descendiente de aquéllos que en la lucha
Sellaron su derrota con la muerte...
¡Yo soy la queja que ninguno escucha,
Yo soy el llanto que ninguno advierte!...
Mi fe me ha dicho que tu fuerza es mucha,
Que es grande tu virtud y vengo á verte;

Que en el eterno y rudo sufrimiento
Con que hace siglos sin cesar batallo,
Yo sé que tú has de darme lo que no hallo:
Mi madre que está aquí porque la siento. —

Dijo la voz y al santo regocijo
Que el anciano sintió en su omnipotencia,
— Si el indio llora por su madre — dijo,
Yo encontraré una madre para ese hijo,
Y encontró aquella madre en su conciencia.

Á esta hora, y en un día
Como éste, en que incensamos su memoria,
Fué cuando aquel anciano lo decía,
Y desde ese momento, patria mía,
Tú sabes bien que el astro de tu gloria
Clavado sobre el libro de tu historia,
No se ha puesto en tus cielos todavía.

Á esta hora fué cuando rodó en pedazos
La piedra que sellaba aquel sepulcro
Donde estuviste como Cristo, muerta
Para resucitar al tercer día;
Á esa hora fué cuando se abrió la puerta
De tu hogar, que en su seno te veía
Con un supremo miedo en su alegría

De que tu aparición no fuera cierta;
Y desde ese momento, y desde esa hora,
Tranquila y sin temores en tu pecho,
Tu sueño se cobija bajo un techo
Donde el placer es lo único que llora...
Tus hijos ya no gimen
Como antes al recuerdo de tu ausencia
Ni cadenas hay ya que los lastimen...
En sus feraces campos ya no corre
La sangre de la lucha y la matanza,
Y de la paz entre los goces suaves
Bajo un cielo sin sombras ni vapores,
Ni se avergüenzan de nacer tus flores,
Ni se avergüenzan de cantar tus aves.

Grande eres y á tu paso
Tienes abierto un porvenir de gloria
Con la dulce promesa de la historia
De que para tu sol nunca habrá ocaso...
Por él camina y sigue
De tu lección de ayer con la experiencia;
Trabaja y lucha hasta acabar esa obra
Que empezaste al volver á la existencia,
Que aun hay algo en tus cárceles que sobra,
Y aun hay algo que el vuelo no recobra,
Y aun hay algo de España en tu conciencia.

Yo te vengo á decir que es necesario
Matar ya ese recuerdo de los reyes
Que escondido tras de un confesonario,
Quiere darte otras leyes que tus leyes...
Que Dios no vive ahí donde tus hijos
Reniegan de tu amor y de tus besos,
Que no es el que perdona en el cadalso,
Que no es el del altar y el de los rezos;
Que Dios es el que vive en tus cabañas,
Que Dios es el que vive en tus talleres
Y el que se alza presente y encarnado
Allí donde sin odio á los deberes
Se come por la noche un pan honrado

Yo te vengo á decir que no es preciso
Que muera á hierro el que con hierro mate,
Que no es con sangre como el siglo quiere
Que el pueblo aprenda las lecciones tuyas;
Que el siglo quiere que en lugar de templos
Le des escuelas y le des ejemplos,
Le des un techo y bajo dél lo instruyas.

Así es como en tu frente
Podrás al fin ceñirte la corona
Que el porvenir te tiene destinada;
Él, que conoce tu alma, que adivina

En tí á la santa madre del progreso,
Y que hoy ante el recuerdo de aquella hora
En que uno de sus besos fué la aurora
Que surgió de tu noche entre lo espeso,
Mientras el pueblo se entusiasma y llora,
Te viene á acariciar con otro beso.

1873

AL MOÑO DE MERCED

Me cuentan que ibas corriendo
Como una sílfide alada,
Cuando de tus blondas trenzas
Te lo robaron las auras;
No sé yo de tal historia
Si es cierta ó es inventada;
Pero lo que sé es que ardiendo
De amor y de dicha el alma,
Traigo tu moño en la bolsa
Desde ayer por la mañana;
Que le he hecho mil caricias
Y pienso hacerle otras tantas,
Que por ser color de rosa
Y por ser tuyo me encanta,
Y que por toda la vida
Lo guardaré donde se halla,
Reunido con un billete